

# Recodo romántico en la Imprenta de Manteli

por

Gregorio de Alube

Dice Pérez Galdós, admirando el Palacio de Bendaña, sito en la calle de la Cuchillería, de la ciudad de Vitoria, que «*su rostro de piedra habla el lenguaje medieval*», por lo que nuestros *románticos* situaron a su sombra el *Parnasillo*. Donde hoy trabaja un artífice al amparo de la clásica y encomiable designación de *platero*, estuvo la imprenta de Manteli y *en aquel local debajo de la muralla del Campillo, entre las huertas*, se publicaba a gran tamaño «*El Ateneo*». Antes... antes de seguir, es preciso diseñar la pintoresca y un tanto macabra historia de la popular editorial vitoriana.

Su padre don Baltasar, hombre con nombre y hechos de Rey Mago, clarinero del Ayuntamiento de Pamplona, llegó a Vitoria como tal para amenizar a escalas ciertas Juntas Provinciales en el último cuadrante del siglo dieciocho. Algo gordo le ocurrió, o mucho se divertiría, para excederse en la licencia y perder su destino navarro por lo que nuestra Diputación, encantada de sus floreos le incorporó a su séquito *con muy lujoso uniforme y un clarín de plata*. Entre nota y nota estableció una imprenta y al amparo de sus piporrazos solicitó de la Excma. la exclusiva de impresión de los documentos provinciales. Casi lo consigue si no alega—y refuerza—Robles, impresor provincial en ejercicio, derechos adquiridos, por lo que Manteli, encarnando el proverbio árabe, decide tomarlo con calma y solicita y obtiene, de las Juntas Generales en Laguardia el año 1800, la credencial de impresor *para cuando se muera Robles*. Hay pruebas evidentes de que a éste

no le hizo mucho halago el acuerdo, pero no tenía razón de quejarse. Quien a hierro mata a hierro muere. Gregorio Marcos Robles, hijo de Tomás Robles, impresor de la Real Sociedad Vascongada, obtuvo el cargo por obra, y no gracia, de la siguiente solicitud: «Gregorio Marcos de Robles, natural de Esta Ciudad, con la mayor sumisión pone presente cómo su padre Tomás Robles, impresor de V. S. se halla con la Santa Unción...etc. Suplica a V. S. rendidamente que se le elija y nombre por su impresor» (1781).

Estas solicitudes *mortis-causa*, resultaban eficaces. El mismo año de 1800, el mismo año de la solicitud de Manteli, falleció Robles y don Baltasar conseguía al amparo de otro *Requiem*, los sellos de estampar las armas provinciales.

Establecido el precedente, Fermín Larumbe, cuñado y colaborador de Robles, solicita a su vez se le reconozca derecho a la plaza al fallecimiento de Manteli, pero la Corporación Provincial encuentra al sistema demasiado fatalismo y deniega la solicitud el año 1804. El año 1804 los impresores vitorianos respiran.

De lo dicho se deduce que el alegre navarrico sabía contar con el tiempo y no debe extrañarnos compusiese y publicase un extraordinario *Kalendario*, precursor del zaragozano y abundoso manantial de reales de vellón. Qué decía el caudaloso calendario no hemos podido averiguarlo, pero nos consta que movilizó a don Eusebio Cíorroga, ¡Cosmógrafo del Estado! quien representando al Real Observatorio, vino de Madrid a Vitoria para conseguir de la Diputación prohibiese a Manteli publicarlo.

A don Baltasar sucedió su hijo don Agapito y a éste, el suyo don Baltasar. Redondeado el *capicúa* allá a mediados de siglo, encontramos la Imprenta de Manteli a la sombra del Palacio de Bendaña erigida en Parnasillo local. Allí se editaron «*El Mosaico*», en 1840, «*El Livio*» en 1845 y luego la «*Revista Vascongada*». Fué esa imprenta el lazareto de nuestra epidemia romántica, en ella se cantó a la luna y se bordaron elegías al revuelo de las levitas y de los fracs. En ella velaron sus armas los Velascos y los Ayalas, Roure, Orodea, Esevenri, Julián Apraiz, a quienes aventajaba en elegancia personal un Manteli, don Sotero, ya escritor. El autor de «*La Dama de Amboto*», liberto de las *cajas*, los días de agobio

imprentil, se permitía el gesto currutaco de *componer* galeradas con los guantes puestos.

La literatura era el deporte de la época y los equipiers del Manteli F. C. entrenados a madrigales, recorrían la Cuchillería con un piropo en los labios y una flor en el ojal. No es extraño termine nuestra calle Mayor en un suspiro cual es la calle Chiquita. Y la calle Chiquita, tiene tantas ganas de ser calle que comienza denodadamente en un chaflán tan abnegado, que se queda sin muro por no regatear un hueco a la ostentación urbana y en su escaso metro de anchura, luce una puerta y dos miradores asombro de Guilliver.

Yo quiero con ternura a la calle Chiquita; desearía poder acariciarla como a un cordero, por eso me alegra que la vecindad del *Parnasillo* le inspirase a Becerro de Bengoa la idea de saludarla en verso:

«Tras de la Colegial Santa y Bendita  
está la casa en que nací en Vitoria,  
rincón siempre querido a mi memoria  
donde mi pobre espíritu se agita.  
Se llama este rincón, «Calle Chiquita»  
que en la vieja Ciudad tiene su historia  
y en dulce paz, en positiva gloria  
en él, su amante hogar, mi gente habita».

«*La calle Chiquita en lo antiguo Barrencalle*» se extiende como un falderillo a los pies de la Catedral y nos ofrece a su término un detalle conmovedor. Previamente os diré que en el lugar donde el falderillo pudiera tener el rabo, en el ángulo de la Correría más próximo a la Colegiata para que la industria gozara de la bendición prolífica llovida sobre la descendencia de Abraham, tuvo su taller Elorza, el primer sillero de Vitoria, a quien la Real Sociedad Vascongada pensionó en Francia para especializarle en una técnica que había de imponer a tanto asiento el nombre de nuestra Ciudad. En cuanto al detalle prometido obra en el último caserón de la calle, caserón con vientre de fragata y proa a la Correría, de muy espaciosa estancias recorridas en la época napoleónica a grandes

zancadas por un honorable canónigo ¡tan buen teólogo! que los profanos le tenían por demente. En aquel destartelado guardacostas que defiende el hemisferio urbano oriental del occidental, en su última ventana a popa, en la piedra cargadera, existe un escudo ¡tan amigo de la casa! que alcanzando el vano del dintel se retuerce como la hiedra para internarse en el hogar que decora; y es por que los escudos imitan a los criados, cuanto más antiguos más fieles.

Ya sabéis dónde está en Vitoria, esculpido en piedra, el símbolo de la fidelidad; en la casa más grande de la calle más chiquita, en el límite del hemisferio oriental; un paso más y doblamos el cabo de Buena Esperanza. El tránsito bien merece un descanso y no encontraremos mejor refugio al del Portal de Villarreal, donde se reúnen, para despedirnos, tres viejas calles de vidas ilustres y paralelas. Para que nada falte a la escala queda allí el eco de un singular comedor con nombre de estribillo coreado: «*Chusla*».

¿No se os hace la boca agua al recuerdo del esplendor dorado de unas tiernas litiruelas asonantadas con la gloria cual lo exigen las cantigas culinarias? ¿No se os hace la boca agua, al recuerdo de unos *perrechicos*, coral madrepórico de nuestros bosques, oreados por el *pay pay* de los helechos y al recuerdo del sublime estrago de unos pimientos rellenos encendidos *sans-culot* de la democracia gastronómica? ¿No os suena el tumulto rabelesiano de un ágape cuya mesa en sierpe cruzaba puertas y habitaciones como el dragón de la fiesta oriental de las *Linternas*, cuando volaban pianos por las ventanas y esperaban a la puerta todos los *ripers* de Vitoria, alquilados por vía de ambulancias?

¡Portal de Villarreal! ¡portalico de Villarreal! antiguo (cuando aldeano) Barrio de la Puebla, Cuartelillo de Numancia, Numancia de los tejedores, ombligo de los trajinantes que dejaron su lápida a la romana y dice: «*Fonda de Domingo Zulueta, donde paran los carreteros que van de Zaragoza a Bilbao*».

¡Portal, portalico de Villarreal, matutero del morapio! Qué majo estabas las noches de luna, estrellado por las brasas de los puros en los rostros rutilantes, con los serenos al acecho, los coricos al relente y de fondo la pétreo tramoya de la Santa Iglesia Cate-

dral, presumiendo de esqueleto porque puede como un monstruo antidiluviano.

¡Portalico de Villarreal!, camino del mundo, que ofrecías el alivio esmeralda de tus acacias al toldo sofocado de las tartanas, ¡Qué majo estabas bordado en azabache por las mulas resudadas a la hora brutal de la sobremesa en los arrieros, acribillado por sus tacos redondos cual otanas, en la instantánea báquica que reúne con relámpagos de látigo, el jarro rebosante, un cuarto de cordero, el azote a las maritornes y el ladrido del mastín!

¡Portalico de Villarreal, Reportal de los Portales!, con el porrón en alto, brindo por tu pasado aldeano, brindo por tu solera artesana, brindo por tu desgarró mesonero, brindo por tu complicidad burguesa, y a todos os pido en su honor un trago sin respirar y una jota con salero.

---